

XXIII.

LA MADRE DE VIOLETA.

En aquel instante una mujer se sintió indispueta. Era la señora Portien.

Los debates fueron interrumpidos por espacio de un minuto. Se sacó de allí á la señora Portien desmayada.

—Hablad, decid cuanto sepais, dijo el presidente á la testigo.

—Pues bien, señor presidente, creo que la señora Marty ocultó la falta de otra persona, á la cual yo no conozco. Cuando no podia satisfacer su alquiler, la pobre mujer se creia obligada á hacer alguna confidencia. «Ah! exclamaba: si yo quisiese, tendria dinero; pero tengo miedo al escándalo... y luego, quien sabe si se me arrebataria esta niña?» Yo entonces la hablaba del padre y ella me respondia, lo diré?... me respondia como una mujer que jamás ha conocido un amante ó un marido. Por entre sus frases ambiguas creia ver una niña inocente sacrificada á una mujer culpable.

Llegó el turno á la madre de Rosa Dumont. Esta

mujer llegó llorosa para pedir venganza. La señorita de la Chastaigneraye le habia dado para vivir tranquila el resto de su vida; pero no le devolvía su hija. Estaba segurísima de que el veneno se habia empleado por aquella forastera que no habia hecho mas que parecer y desaparecer á un mismo tiempo.

Algunas otras pruebas llegaron enseguida que hicieron penetrar en el ánimo de los jurados la culpabilidad de Violeta.

Esta empezaba á desesperar: tenia dos testigos favorables contra veinte que estaban en contra—sin contar su propio testimonio que la perjudicaba—cuando de pronto, el presidente anunció que la señorita de la Chastaigneraye iba á comparecer como testigo. El presidente acababa de recibir una carta suya en la cual le decia que en interés de la verdad ella se habia creido en el deber de desafiar la calentura é ir allí para cumplir con su deber.

Pronto un rumor medio ahogado hubo de circular por la sala, bien como circularia en el Teatro Francés si se anunciase la leyenda de Madame Rachel, sabiendo el público que estaba ausente en América.

Hubo un instante de silencio. Al ver á aquella noble heredera que se habia captado ya las simpatías, el público se levantó de su asiento. Estaba mas hermosa de lo que todo el mundo se figuraba por mas que su belleza andase ya en lenguas de la fama.

Se dirigió sencilla y noblemente hácia el tribunal con la dignidad de su raza y la gracia de la juventud.

El presidente despues de las fórmulas de costumbre la rogó que dijera lo que sabia.

—Mi primera palabra, señor presidente, debe consistir en aseguraros que la acusada es inocente.

Estas frases produjeron un gran asombro en la asamblea. Interrogóse con los ojos y todo el mundo escuchó con ansiedad.

—Quién es pues el culpable? dijo el presidente.

—Lo sé muy bien, respondió Genoveva con el acento de la verdad; pero me es imposible revelar su nombre.

—La justicia está en el derecho de relevaros de todo escrúpulo.

—Hay secretos que la misma justicia no puede arrancar. He temblado ante la idea de que se condenara á la acusada por un crimen que no há cometido: hé venido á jurar por mi alma que no es culpable y esta es mi última palabra.

La señorita de la Chastaigneraye se inclinó y rogó se la dejase marchar. Parisis se acercó á ella y la ofreció su brazo. El presidente no juzgó necesario detenerla.

La audiencia se suspendió por un cuarto de hora.

Cuando el presidente volvió á ocupar su asiento llamó á la señora Portien.

Esta habia vuelto en sí y se presentó apoyada en el brazo de una señora.

—Os suplico, señora Portien, que nos deis algunos

informes acerca la madre de la acusada; que estuvo segun parece, á vuestro servicio.

La señora Portien contestó con voz turbada:

—No tengo de ella mas que un vago recuerdo: yo siempre alabé á esta jóven hasta el dia que se olvidó á sí misma.

—Se nos ha dicho que iba á dar á luz sus hijos á Paris y que vos la acompañábais.

—Ibamos á Paris en aquella época; mas para evitar su afrenta ante los ojos del país la permitíamos ir y venir con nosotros.

La voz de la señora Portien se detenia en su garganta; pero su emocion se atribuia á su desmayo.

—Y se sabia en el país, quién era el padre de la niña?

—La malignidad pública decia que era mi esposo.

—Estabais ya casada?

La señora Portien que no se habia ruborizado desde hacia un buen rato, se ruborizó mas que nunca.

—Señor presidente, dijo, esto no se refiere al proceso. Debo confesaros que no he grabado esto en mi memoria con la idea de que algun dia tendria que declararlo ante un jurado.

—Lo comprendo, señora, dijo el presidente; mas nosotros buscamos la verdad por todos los caminos.

Sin duda que en el ánimo del procurador imperial habia brotado un rayo de luz, toda vez que pidió la palabra y dijo lo siguiente:

—Señores jurados, nosotros creíamos que la justicia no tenía mas que pronunciar su fallo: todas las pruebas hablan con elocuencia ante ella. Pero las declaraciones de los testigos nos prueban que antes de formular el veredicto es indispensable oír otro testigo, el que llevó el ramillete desde Tonnerre á Champauvert. Podría existir una duda en el ánimo de los jueces y de la opinion pública; la justicia no puede ser sospechosa: aguardemos. Se harán nuevas indagaciones; se harán mas minuciosas diligencias para encontrar, ya que no al testigo, por lo menos las huellas del camino que ha seguido al llevar el ramillete.

—En cuanto á mí, dijo el abogado de Violeta, yo estoy seguro que emprendió por un mal camino; si hubiera seguido el bueno, el ramillete no se hubiese envenenado.

El presidente hizo guardar silencio al abogado y despues de haber consultado al Tribunal declaró que la vista de la causa continuaria en otra audiencia.

Aunque Violeta hubiera sido condenada á trabajos forzados, no se hubiera impresionado tanto como al ver que debia volver á la cárcel sin ser juzgada.

Desde hacia algunos minutos dos ideas paralelas se disputaban el predominio en su alma: tenia el presentimiento de que la señora Portien era su madre y el de que esta señora habia envenenado el ramillete ofrecido á la señorita de la Chastaigneraye.

XXIV.

VIOLETA Y GENOVEVA.

Octavio estaba desesperado; mas era indispensable humillar la frente ante el nivel de la justicia. Se acercó á Violeta y la tendió su mano como lo hubiera hecho con su hermana.

—Octavio, le dijo aquella, ya que conocéis el veneno de los Médicis porqué no me lo dais?

—Tened paciencia, Violeta, yo os lo suplico: Dios os salvará.

—Dios! exclamó ella; porqué me hablais de Dios vos que no creéis en él?

Los gendarmes aguardaban y los gendarmes no aguardan.

El señor de Parisis hizo de modo que la cárcel de Auxerre fuese mas soportable á la jóven. El juez de instruccion y el procurador imperial, que estaban impresionados, permitieron que Violeta no estuviera sujeta al régimen celular: dióselo un cuarto, se la permitió escribir y recibir cartas, aunque con la mediacion del alcaide de la cárcel. Octavio la envió libros y flores. Él hubiese querido traerle por sí mismo estos

libros y estas flores; mas el alcaide fué inexorable. El procurador imperial en interés de la misma Violeta le aconsejó que no insistiera.

La señora Portien, aunque se hallaba turbada, ofreció á Genoveva acompañarla á Champauvert, bien como si en la intimidad de este viaje debiese conquistar la túnica de la inocencia: pero la jóven lo rehusó con dulzura y firmeza á un mismo tiempo. Tampoco Genoveva quiso partir en compañía del duque de Paris; mas le permitió visitarla.

Octavio llegó á Champauvert el siguiente dia á las seis.

Genoveva le habló de Violeta diciendo que era una jóven simpática.

—Teneis razon, Genoveva, puesto que es nuestra prima.

Y contó á la señorita de la Chastaigneraye, por mas que no la conociera con todos sus detalles, la historia de la señora Portien.

Era indispensable sacrificar á Violeta; pero ni él ni Genoveva lo querian. Y á mas de todo habia tanto misterio en este veneno que quizá se engañaban.

Dónde se encontraba el niño que tocaba el violin?

Existe en todos los procesos célebres una figura singular que no parece sino que trata de burlarse de la justicia, bien como si fuese necesario probar á los hombres que nada puede ser infalible.

Octavio no se hizo rogar mucho para pasar el dia en Champauvert.

Le fué muy dulce el encontrarse en la atmósfera de Genoveva, en las ideas y sentimientos de aquella hermosa criatura que tenia un gran corazon y una gran alma.

En mas de alguna ocasion habia estudiado ya las variaciones de la atmósfera moral, encontrándose mejor ó peor segun con quien intimaba, aunque, desde su altura estaba acostumbrado á dominar á todo el mundo. Tenia el instinto de la virtud como tenia el tempestuoso de las pasiones. Así es que podia estudiarse en él toda una geografia de sensaciones. Ya se conocen los hábitos de Octavio: tan pronto como pasaba una hora al lado de una mujer, no tenia sino un fin, amarla y hablarla de amor.

Por mas que con Genoveva las barreras fuesen difíciles de franquear, porque se mantenía siempre en las alturas de su dignidad, de su gracia y de su pudor, se arriesgó muy pronto diciéndola que ella era la única mujer que habia penetrado en su corazon, pues todas las otras le habian servido de mero pasatiempo.

—Primo mio, no creéis en lo que decís, y yo no soy bastante loca para creerlo. Vuestros lábios han profanado demasiado las cosas del corazon. Vuestro diccionario no es el mio; no hablamos el mismo idioma. Si algun dia digo *te amo*, yo amaré hasta la muerte.

—Observad, prima, que yo os adoro desde que os vi entre la blancura de la nieve, y sin embargo nunca os lo he dicho.

—Os agradezco la discrecion; mas yo no creo en un amor tan extravagante para una pobre provinciana.

—Como os burlais de todas las parisienses?

Y Octavio trató de probar con la accion de sus miradas que no decia *te amo* con la voz sino con sus ojos.

Genoveva deseaba cortar de un golpe aquella plática sentimental por mas que la agradase; pero Octavio volvía siempre á ella. Se paseaba así en el parque y se deslizaban las mas dulces y hermosas horas.

Por un instante la señorita de la Chastaigneraye cambió de conversacion y de semblante. Fingiendo que no pensaba en ello, Parisis la llevó mas léjos del parque; mas la jóven le habló de astronomía.

—Cuando pienso, dijo Octavio, que de aquí á cien años habitaremos cada uno de nosotros dos una estrella tan lejana una de otra que se necesitará un millon de años para que se estremezcan á la misma luz!

—Por qué se encontrarán tan alejadas, primo?

—Porque nos habremos podido amar sobre la tierra, y nosotros no habremos querido.

—Y bien, primo, ya os consolareis, puesto que habreis amado á Violeta.

La señorita de la Chastaigneraye estaba celosa de todas las mujeres; pero, sobre todo, estaba celosa de Violeta.

El señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye no habian hablado sino una vez del envenena-

miento del ramillete de rosas; el nombre de la señora Portien, como el de Violeta, se detenía sobre sus lábios. Ambos temían acusar al verdadero culpable. Temían defender á Violeta? Y sin embargo, ni para uno ni para otro era dudoso que la señora Portien habia envenenado el ramillete.

Por fin Genoveva tomó la palabra acerca de este tenebroso asunto.

—Creeis, primo, que en la próxima reunion del Tribunal, la señora Portien no será llamada al banquillo de los acusados?

—Quizá nó, porque no habrá pruebas en contra suya.

—Y sin embargo, vos estais convencido de que esa jóven no ha querido envenenar á nadie.

—Es cierto, prima; y ya que hablamos de la *acusada*, os diré que Violeta es hija de la señora Portien: Creo mas: creo que la señora Portien está hoy convencida de esto mismo. Qué hará? Yo sé que el abogado ha dirigido todas sus baterías en contra suya. Creo que si se le hubiese dejado hablar, la hubiese herido como el rayo. Ha sido una gran desgracia que vuestro médico quisiese meter tanto ruido; aunque la pobre doncella haya muerto, no habia razon para ocasionar tanto escándalo. Yo me he doblegado ante la justicia; no tenemos mas que resignarnos. Al fin y al cabo, si la señora Portien es llamada ante el Tribunal, no olvideis que se llama la señora Portien y que está ya léjos de nosotros. Si la castigan, este cas-

tigo no podrá alcanzarnos. Qué quereis! en todas las familias hay siempre un miembro malo.

—Pobre Violeta! exclamó Genoveva.

Este grito partía del corazón, pero de un corazón herido.

—Se me ocurre una idea, exclamó Octavio que no había podido echar de su memoria el recuerdo de la dama blanca, paseándose al resplandor de la luna, bajo los árboles de Champauvert. Nosotros acusamos á la señora Portien; pero que hacían á las doce de la noche cierta dama blanca y cierto caballero negro la noche antes del día en que os fué presentado el ramillete?

—Primo: el caballero negro y la dama blanca no pensaban en envenenar á nadie, os lo aseguro: eran dos lunáticos que solo querían comunicar sus secretos á la luna, pero que no tenían veneno en sus manos.

Octavio no insistió y habló de política.

—Leeis el *Monitor*, mi querida prima?

—Sí: todos los lunes leo el folletín de modas.

—Pues bien, yo no leo mas que la cuarta plana para ver aquellos que, una vez ricos, se quieren hacer un bautismo heráldico. Conoceis al señor de Rochedieu, por otro nombre señor Marsouin?

Octavio estudió la fisonomía de su prima. Sabía que este noble de recién fecha vivía cerca de Champauvert, en una vieja abadía que había adornado con palomares en sus cuatro esquinas.

—Sí, dijo Genoveva, le conozco: aquí se ha estra-

ñado mucho que no se hiciese bautizar con el nombre de Señor Trufas.

Octavio comprendió que hacia una política equivocada. Miró á Genoveva, la cual sonrió con malicia.

—Sois visionario, primo? Por qué me habláis de las visiones de Champauvert y no me habláis de las visiones de París?

—Porque en París no hay visiones.

El duque había olvidado la singular visita que le hizo una mujer velada cierta noche de carnaval; creía que aquello era alguna mistificación de comedia, una de las veinte mujeres que tenían la llave de la puertecita de su jardín.

—Pero, no recordais ya cierta aparición en una noche de carnaval? preguntó Genoveva.

—Ah! sí: esta es una de las páginas mas inespliables de mi vida. Una mujer se llegó á mí; me habló; mi emoción fué tal, que, hecho una estatua de bronce, no hallé voz para contestarla ni piés para seguirla. Parecía de mármol, ó, mejor dicho, me sentí dormido: el poco valor que me quedaba pertenecía al mundo de los espíritus, puesto que leía á Fausto.

—Sí, leiais á Fausto y la mujer que se os apareció marcó vuestro destino.

—Sí; lo marcó tan bien que cerré el libro y desde entonces no he vuelto á encontrar la página, pues este hermoso libro es la locura en la sabiduría ó la sabiduría en la locura. Pero como sabeis todo esto? Conoceis aquella mujer?

—Nó. Hablemos de política.

Toda la política de Octavio consistía en Genoveva. Pero en vano colocó ante ella cien puntos de interrogacion: cuanto mas la preguntaba, mas quedaba enredado: como la Sibila se ocultaba debajo de los mas frondosos árboles. Era la mas impenetrable y la mas adorable de las mujeres y Octavio cambiaba todos sus puntos de interrogacion en puntos de admiracion.

Por la tarde Octavio partió á fin de pasar la noche en Parisis.

Por mas que se considerase muy feliz al verse en Champauvert, comprendió que la señora Brígida no vería con buenos ojos que él continuara en casa de su prima. Era preciso que no se sospechara de que Genoveva era amada, ni aun de Octavio.

En Parisis, este se acostó muy tarde. A la una de la madrugada aun no dormía. Fué á buscar un libro en la biblioteca del castillo.

Sobre una mesa vió un libro abierto: era el *Fausto*.

Inclinó la cabeza y vió las frases de ESTA AQUÍ que corrian como el fuego sobre estas dos líneas:

«El sentimiento lo es todo: lo demás solo es humo que
»vela el brillo de los cielos.»

XXV.

LOS TRES MARIDOS.

En su regreso á Paris, Octavio representó aun el papel de Don Juan, en los entreactos de su vida.

La comedia que voy á contar, no ha sido hasta hoy representada en ningun teatro; pero ha sido representada escena por escena en los números 123 y 125 de los Campos Elíseos.

No estamos ya en el círculo de las grandes damas.

Es una comedia en un acto, en un acto nocturno que se podría titular *Los tres maridos*. Hay cinco personajes en escena; pero los tres maridos son casi personajes mudos. Solo hay que escribir el duo cantado, entre las doce y la una de la noche, entre el señor de Parisis y la señora baronesa de Biancay.

Octavio conocía mucho los números 123 y 125 de la avenida de los Campos Elíseos. En el número 123 era algunas veces discretamente aguardado en el tercer piso, por una noble estrangera que se fastidiaba, mientras su esposo corria aventuras en el medio mundo. En el número 125, era no menos discreta-